

magisterio. Con todo hay conclusiones que requieren explicaciones desde el análisis de las peculiaridades locales, provinciales o regionales; así, por ejemplo, y por tomar la misma unidad de comparación —la ciudad— ¿por qué la confirmación en sus cargos afecta en Málaga al 77,2 por 100 y en Valencia al 67,43 de los maestros, y la sanción al 17,4 y al 28 por 100 respectivamente?; y cotejando entre provincias, ¿qué explica que el porcentaje de maestros separados definitivamente sea en Valencia casi seis puntos inferior al de Barcelona (7,96 y 13,93 por 100 respectivamente)?, o ¿qué circunstancias ayudan a esclarecer los 21 maestros fusilados en Burgos y los más de 40 en León?... La necesidad de proporcionar respuestas a estos interrogantes justifica la importancia de cuidar el análisis de las explicaciones diferenciales del hecho represivo y de atender a la investigación de las distintas unidades de comparación (como mínimo la ciudad y la provincia y, aunque esto es más difícil, también la región o autonomía). Ésa será quizá la vía que posibilite hacer un día la historia global de la depuración del magisterio español.

En este sentido, el libro que comentamos, además de la innegable realidad que contiene, anuncia también una promesa: la de proporcionar en un futuro próximo los resultados de una investigación más extensa que ampliará no sólo el campo geográfico de estudio expandiéndolo a toda la provincia de Málaga —lo que permitirá la comparación entre la depuración urbana y la rural—, sino también el sujeto de la investigación que abarcará a los profesores de Instituto, de Escuela Normal, de las Escuelas de Estudios Mercantiles y del Trabajo, del Conservatorio de Música, etc., un ambicioso proyecto que posibilitará establecer yuxtaposiciones e interpretaciones sobre los procesos depuradores de colectivos entre sí, y que desde ahora, y a la vista del libro que comentamos, abundante en resultados y rico en sugerencias, esperamos con interés.

JUAN MANUEL FERNÁNDEZ SORIA

QUIROGA VALLE, María Gloria: *El papel alfabetizador del Ejército de Tierra español (1893-1954)*, Madrid, Ministerio de Defensa (Colección Adalid), 1999, 240 pp., bibliografía y tres apéndices: legislación, estadística y gráficos.

En 1883, la Institución Libre de Enseñanza suscitó ante la Comisión Informativa de Reformas Sociales la conveniencia de aprovechar los 24 meses efectivos que obreros y jornaleros permanecían en el cuartel para devolverlos a la sociedad «en mejores condiciones de las que, como hijos de la clase obrera, tenían antes de ingresar en las filas».

La propuesta, aunque fue desestimada por la comisión, se hacía eco de las diversas iniciativas pedagógicas que, a título particular, los militares profesionales comenzaron a poner en práctica nada más iniciarse la Restauración. Por ejemplo, a partir de 1879, las imprentas de varios regimientos editaban folletos «redactados con estilo sencillo y ameno, al alcance de la inteligencia del soldado», para que la tropa se aficionara a la lectura; diez años después, casi todos los cuarteles contaban con un «cuarto-escuela» y la prensa militar se ufanaba de la aportación del Ejército «al aumento de la instrucción pública», y, a principios del siglo XX, la jerarquía castrense había asumido que alfabetizar al soldado era otra más de las misiones institucionales, y el ministro de la Guerra le dio rango oficial en 1905.

El libro de Gloria Quiroga pretende desentrañar qué efectividad real tuvieron aquellas campañas de alfabetización, las cuales estuvieron en vigor hasta los años finales del Franquismo. El texto consta de cuatro capítulos temáticos, introducción y conclusiones. La introducción y el primer capítulo determinan el estado de la cuestión, analizan las fuentes disponibles y establecen la terminología utilizada en la obra. El primer gran bloque temático revisa la legislación militar sobre la materia; el segundo expone el nivel de alfabetización de los reclutas en el momento de su incorporación al Ejército, y el tercero casa los datos obtenidos en el anterior con los ofrecidos en los censos decenales de población,

al objeto de determinar la influencia del servicio militar sobre dicha tasa.

La obra se completa con un apéndice documental, que reproduce once disposiciones relevantes reguladoras del papel educativo del Ejército, fechadas entre 1905 y 1932. Siguen dos series de gráficos indicativos de la tasa de alfabetización de la muestra manejada durante el período 1893-1953: una confeccionada con criterio territorial, en función de las actuales comunidades autónomas, y otra clasificada en ocho grupos ocupacionales. También se incluyen otros tantos gráficos representativos del nivel cultural de la muestra, deducido éste de la calidad grafológica de la firma existente en los respectivos formularios de alistamiento.

La investigación se basa en una muestra de 50.000 expedientes personales de soldados reclutados entre 1893 y 1954, y de cada uno de ellos se han entresacado 21 datos: filiación, profesión, experiencia laboral, nivel cultural, entre otros (p. 93). Al exponer su metodología, la autora pone de relieve que los expedientes ofrecen otras informaciones, ajenas al objeto de la obra, pero de gran interés para el especialista en historia social, como son los datos antropométricos, los referentes al aspecto físico, enfermedades crónicas, mutilaciones, malformaciones, etcétera.

Gloria Quiroga llega a la conclusión de que el Ejército realizó un «gran esfuerzo por alfabetizar y educar a sus reclutas durante el cumplimiento del Servicio Militar» (p. 165), y también que ello redundó en una disminución de cinco puntos porcentuales de media en la tasa de analfabetos de la población masculina, a lo largo del período contemplado (p. 168).

Ambas conclusiones son discutibles. La primera no queda suficientemente probada en el texto, y de la documentación manejada —normativa para la implantación y dotación de academias regimentales y para la regulación estadística de la tasa de alfabetización de la tropa— no se deduce que la mera publicación de unas cuantas órdenes ministeriales presuponga que se acometió con decisión la alfabetización efectiva del soldado. Para poder afirmar

que se realizó un «gran esfuerzo», sería conveniente investigar la situación real de dichas academias, lo que probablemente no esté a nuestro alcance con los medios hoy disponibles.

Respecto al segundo aserto, la propia autora matiza su total fiabilidad (pp. 142 y ss.) y admite que sólo ha podido contrastar la información obtenida en los censos correspondientes a 1920, 1930 y 1940 (p. 136). Pero, aun dando por buena la referida cifra del cinco por ciento, hubiera sido conveniente haber puesto de relieve que nunca se llegó a alcanzar el ambicioso objetivo marcado en cuantas leyes de reclutamiento se dictaron a partir de 1912: «Los reglamentos proveerán a la instrucción primaria del soldado, en términos que no salga de filas en estado analfabeto».

Un último apunte. Probablemente lo más trascendental de esta monografía no sea el detallado análisis estadístico del nivel cultural de los quince millones y medio de jóvenes que se incorporaron al servicio militar durante la primera mitad del siglo que acaba de finalizar, sino que su principal mérito se derive de haber desvelado a la comunidad científica el potencial y posibilidades que ofrecen sus expedientes personales, depositados en la Sección de Tropa del Archivo General Militar de Guadalajara, para los estudios de historia social y económica.

FERNANDO PUELL DE LA VILLA

RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, Luis E. y SÁNCHEZ LORA, J. L.: *Los siglos XVI y XVII. Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2000.

Es difícil realizar un libro de síntesis sobre el desarrollo cultural en la España que se mueve entre el primer humanismo y las fronteras imprecisas de la preilustración si se escoge, como aquí se ha realizado, como conceptualización de la «cultura» la realizada por Burke en 1990: «Un sistema de significados, actitudes y valores compartidos, así como de formas simbólicas, a través de las cuales se expresa o se